



**Horrorismo**  
**Nombrando la violencia contemporánea**

Adriana Cavarero  
Barcelona, Anthrophos, 2009  
Trad. Saleta de Salvador Agra

¿Cómo nombrar la violencia contemporánea? ¿Con qué palabras decirlo cuando categorías como terror o guerra parecen no dar cuenta ya del horror actual? A partir de estos interrogantes, la prestigiosa filósofa italiana Adriana Cavarero reflexiona en torno al modo en que las categorías con las acostumbrábamos a nombrar estos fenómenos ya no nos sirven para comprenderlos. Lejos de optar por una mera genealogía de esta ruptura, la autora nos invita a transitar un camino de reflexión sobre los distintos modos en que la violencia actual rompe con las clasificaciones que sobre ella solíamos hacer. Enfrentada a este desafío, Cavarero propone no sólo un cambio de perspectiva, sino también un nuevo desarrollo conceptual: el horrorismo.

A partir de la caracterización de las víctimas de la violencia contemporánea por su condición de casuales, de sustituibles, la filósofa italiana nos sugiere que desplazemos nuestra atención y que, en lugar de dirigirla hacia quien comete un acto criminal, la posemos sobre la víctima de dicho acto. Centrar nuestra mirada en esas víctimas despersonalizadas, nos permite encontrar la característica propia de la violencia actual: la *vulnerabilidad* del inerte. A partir de este cambio de perspectiva y de la impropiedad de las antiguas categorías de la teoría política, Cavarero polemiza con la noción de terrorismo a partir de la construcción de una nueva categoría, el horrorismo: mientras que continuar pensando en términos de terrorismo hace aún posible distinguir entre una violencia ilegítima –la del terrorista– y una legítima –la de los Estados–, la centralidad del inerte como víctima del horrorismo, parece negar cualquier distinción de estas características. La violencia contemporánea, sugiere Cavarero, es siempre ilegítima.

Los primeros capítulos del libro proyectan un recorrido etimológico de los vocablos terror y horror, con el objeto tanto de desentrañar sus significados, como de marcar sus diferencias y relacionarlos posteriormente con la experiencia de la guerra. Cavarero pone de relieve que si bien el terror es la esencia de la guerra, “es el horror el que sobre todo invade la escena bélica de la masacre” (29), y abunda en ejemplos de relatos de cuerpos desmembrados y destrozados, que ilustran el modo que el horror sobrepasa el homicidio buscando desfigurar y deformar, destruir el cuerpo singular. Esta ofen-

sa a la unicidad del cuerpo es analizada también a partir del mito de Medusa, el horror con rostro de mujer, referencia que será recurrente a lo largo de todo el libro. La mítica del horror “en femenino” se verá también plasmada en el infanticidio y desmembramiento cometido por las manos vengativas de Medea sobre la víctima inerme por antonomasia.

En su argumentación teórica sobre la noción de vulnerabilidad, Cavarero retoma la centralidad que para Hannah Arendt tienen las ideas de unicidad y singularidad, señalando diferencias entre el pensamiento arendtiano y las reflexiones que Judith Butler desarrolla sobre la vulnerabilidad tras los atentados del 11 de septiembre. Este análisis lleva a Cavarero a realizar una distinción entre la figura del vulnerable y la del inerme: mientras vulnerable refiere al “ser humano en cuanto cuerpo singular abierto a la herida” (58), en tanto potencialidad y contingencia inerme hace referencia a quien no tiene armas para defenderse, y por consiguiente, es víctima de una violencia de la que no puede escapar y a la que no puede responder.

El análisis teórico de Cavarero se encuentra permanentemente entrelazado a un ejercicio de reflexión sobre los acontecimientos históricos, sobre las “formas y proporciones excepcionales” que asume el “crimen ontológico” a lo largo del siglo xx. Como ejemplos de masacres de inermes enumera el genocidio armenio, los campos de exterminio nazis, los gulags estalinistas, la China de Mao y las masacres interétnicas de la ex-Yugoslavia. Sin embargo, será sobre uno de estos hechos donde la autora centra su atención: “Cualquier reflexión actual sobre el horror debe, tarde o temprano, ajustar cuentas con Auschwitz” (64). A partir del análisis de “los hombres en disolución”, terminología acuñada por Primo Levi para referirse a aquellos prisioneros de los campos de concentración que habían sido convertidos en una suerte de cadáveres en vida, Cavarero da cuenta de una maquinaria técnica puesta en marcha para fabricar artificialmente a esta “figura degenerada del inerme”. De esta manera, distinguiendo al terror político y su lógica de medios y fines, de la violencia totalitaria en tanto un “terror total”, no estratégico y para el que se carece de explicaciones, la autora nos desplaza del terror al horror.

Cavarero analiza el modo en que la Primera y la Segunda Guerra Mundial inauguran y consolidan respectivamente el modelo de “guerra total” en el que la destrucción organizada, tras la equiparación de militares a civiles, se desplaza al inerme: genocidios, bombardeos aéreos, Hiroshima y Nagasaki, bombas de napalm en Vietnam, el “genocidio del machete” en Ruanda, la guerra civil de los Balcanes, hasta llegar a las víctimas civiles de Irak en nuestros días. Este recorrido le lleva a afirmar la imposibilidad de continuar utilizando la noción de guerra entendida como conflicto regular entre Estados –según el clásico modelo de enfrentamiento entre uniformados: “La guerra que madura en el curso del siglo xx y que se asoma al nuevo milenio no sólo es «asimétrica» como lo eran y lo son todas las guerras coloniales, sino que, a la par de éstas, consiste de forma prevaleciente en el homicidio unilateral, y alguna vez planificado, de los inermes” (106). Siguiendo de nuevo la mirada arendtiana, rastrearé críticamente las concepciones naturalistas de la

violencia –que darían cuenta de la guerra como un hecho inevitable en tanto impulso natural–, utilizando como paradigmas de dicho modelo la noción freudiana de pulsión de muerte, y el estado de naturaleza hobbesiano donde reina la guerra de todos contra todos. Este tipo de argumentos derivan, señala la autora, en la exaltación de la fascinación por la violencia y la destrucción, en el goce y el placer de la guerra como experiencia vital desde la perspectiva del guerrero. Del mismo modo, luego de distinguir la noción de guerra –regular, legal, legítima, con distinción entre combatientes y no combatientes–, de la de terrorismo –irregular, ilegítimo, ilegal y criminal–, Cavarero nos advierte que, analizada con las categorías jurídicas propias del pensamiento político moderno, la violencia sigue siendo observada desde la posición de los soldados.

Contra estos análisis efectuados desde la perspectiva de quien infringe la violencia, y valiéndose del pensamiento de Carl Schmitt y su “teoría del partisano” –figura de combatiente irregular que aparecería alterando el modo interestatal de la guerra y de la política–, la autora invita a repensar la propia categoría de enemigo. Cavarero retoma de Schmitt el análisis sobre el declive del poder de la unidad estatal, y el desplazamiento de la figura del enemigo de la guerra regular a la del partisano; y destaca además las diferencias entre los dos tipos de partisanos señalados por Schmitt: aquel que tiene un enemigo real (combate contra un ejército invasor o contra fuerzas gubernamentales a las que se opone), y aquel que tiene un enemigo absoluto (su lucha apunta a la revolución mundial, e identifica al enemigo con una clase o cualquier instancia identitaria en general). Éste último desemboca, en el análisis de Schmitt, en una agresividad planetaria, puesto que la criminalización del enemigo le conduce a su aniquilamiento. Y es aquí donde Cavarero encuentra el concepto de enemigo propio del horrorismo del siglo xx: el enemigo absoluto, deshumanizado, sobre el que sólo cabe la destrucción total. Siendo el inerte la víctima por antonomasia, la autora apuesta por la utilización de su figura como criterio para distinguir la violencia legítima de la ilegítima. De este modo, si bien la guerra mata a personas inertes, “el terrorismo de hoy tiende a masacrarlos en exclusiva” (123). Esta violencia ejercida sobre un enemigo absoluto –el infiel, el inerte–, hace que el terror sea, en palabras de la autora, “el terror al próximo ataque”, que puede ser en cualquier lugar y sobre cualquiera. Esta idea de terror global propia del horrorismo nos somete a una violencia cotidiana en la que no hay ya circunstancias, sino una condición duradera que hace coincidir lo vulnerable con lo inerte: el inerte no es un ser singular sino casual, las víctimas son intercambiables. Si la víctima es siempre el inerte, y si el criterio de la víctima es el que debería primar al distinguir entre violencia legítima o ilegítima, Cavarero sugiere que sólo es posible pensar en términos de ilegitimidad cuando se reflexiona sobre la violencia actual.

En otro plano de análisis, y en el marco del perfeccionamiento del modelo de violencia indiscriminada y global por parte del terrorismo actual, Cavarero señala que, a diferencia del terrorismo clásico –en el cual, el terrorista se pone a sí mismo a resguardo–, el terrorista suicida es parte de una retórica

del coraje en la cual debe asumir su propia muerte: el horrorismo suicida es inmune a la física del terror. Esta reflexión lleva a Cavarero a preguntarse por qué el imaginario occidental parece verse más afectado por el acto suicida que por la masacre de inermes, y a ensayar como respuesta interesantes reflexiones acerca del valor de la vida individual y de la relación de los cuerpos con la política –cuerpo desencarnado y conceptualizado en la metáfora del “cuerpo político”– y con la guerra –cuerpo masculino de carne y hueso, combatiente, violentado, desfigurado. Sin embargo, a lo largo del siglo xx, el cuerpo del guerrero se ha ido desplazando de la escena, para ser reemplazado cada vez más por la tecnología: la tecnología destructiva, asegura Cavarero, se ha descorporizado. En contraste con esta “extrañeza del cuerpo del soldado respecto de la realidad puramente tecnológica de la matanza” (156), la violencia del terrorista suicida, encarnada, vehiculizada por su propio cuerpo, se nos presenta, siguiendo la respuesta de Cavarero a la pregunta inicial, como particularmente escandalosa.

Las últimas reflexiones del libro están reservadas al “horrorismo de producción femenina”. Repasando desde el primer atentado suicida realizado por una mujer al volante de un coche bomba en el Líbano en 1985, a las mujeres palestinas inmoladas después de la segunda intifada, las mujeres pertenecientes a Tigres Tamil en Sri Lanka, jihadistas en Irak, mujeres de grupos nacionalistas kurdos en Turquía, hasta las viudas negras en Chechenia, Cavarero se muestra reacia a suscribir los análisis que tienden a identificar a estas mujeres con el inerte, basándose en que la posición subalterna que ocupan en sus sociedades permitiría pensar que no actúan por iniciativa propia sino siendo víctimas e instrumentos de la manipulación. La filósofa italiana rechaza fuertemente las posturas que compadecen y justifican estos actos cometidos por mujeres, y que intentan de ese modo, afirma, disminuir la responsabilidad ética sobre el hecho.

A partir de una reflexión en torno a las fotografías de Abu Ghraib, y distinguiendo, a través de la obra de Foucault, el suplicio –visible y espectacular en tanto afirmación de la superioridad del soberano– de la tortura –invisible, encaminada a la confesión–, la autora señala que tras la desaparición del suplicio en la modernidad tardía y la ilegalización de la tortura, es esa ilegalidad la que conduce a su ocultamiento. Pero la particularidad de Abu Ghraib es que las acciones de I@s torturador@s se dirigían a ser vistas: la fotografía estaba prevista y era utilizada (tanto como documento de archivo como para humillar, aún más, a las víctimas). Y del mismo modo estaba previsto, afirma Cavarero, la centralidad de las dos mujeres que destacan en las imágenes, efecto organizado como un elemento más de tortura: la humillación añadida de ser torturado por una mujer. La tortura, esta vez no ocultada sino exhibida como espectáculo, no se acerca sin embargo en el análisis de la filósofa italiana al suplicio, sino a la parodia, al ridículo, a la reproducción caricaturesca del suplicio. Así, del mismo modo que la figura del enemigo ha dado paso al inerte como víctima casual, la figura del guerrero se ha aliñado a la violencia sobre el inerte para dar lugar a su “obscena caricatura”.

Este nuevo libro de Adriana Cavarero, de una actualidad que queda lamentablemente manifiesta en los cruentos ataques terroristas al metro de Moscú, representa un apreciable aporte a las necesarias reflexiones sobre uno de los temas más acuciantes del presente. La denuncia de la violencia contemporánea y actual como ilegítima –ya sea perpetrada por terroristas suicidas o por ejércitos regulares– resulta de una importancia insoslayable. En este marco, la noción de horrorismo –no libre de críticas y posibles reconceptualizaciones– puede resultar una valiosa herramienta de interpretación de nuestra realidad, una interpretación que coloque en el punto de mira la unicidad y singularidad de la pluralidad de seres víctimas de la violencia.

ANABELLA L. DI TULLIO  
**Universitat de Barcelona**